

pero en vez de llevar racimos como las otras vendimiadoras, tenia en la mano una rama de madroños, fruto sin perfume, como su corazón vivía sin amor. Yo, por lo ménos, lo creía así: algun tiempo despues salí para París, y á mi vuelta supe una dolorosa historia. Hoy puedo referirla sin temor de affigir á nadie: el viento sopla sobre las yertas cenizas de la víctima, y la muerte ha devorado hasta el recuerdo de su familia.

XII.

Hacia un momento que el capitán y el escribano paseaban á lo largo del jardín. El capitán fumaba en silencio, cuando el escribano, deteniéndole ante una platabanda é indicándole con el extremo de su bastón una flor blanca sobre un arbusto con hojas de laurel, le preguntó:

—¿Cómo llamais á esa flor?

El capitán exhaló lentamente una bocanada de humo y respondió:

—Gardenia ó jazmín del Cabo.

—¿Y esa otra ligeramente inclinada como una pluma de avestruz?

—Espírea.

—¿Cómo?

—Espírea del Japon.

—Muy bien; ¿y esa florecilla violada con espigas de oro en medio de la corola?

—Efimera de Virginia.

—¿Del Cabo, del Japon, de Virginia! Visitando vuestro jardín parece que se dá la vuelta al mundo. Sin embargo, nuestros girasoles y tulipanes tienen tanto mérito como estas flores extranjeras, obligadas á estar presas durante una parte del año.

—Tal vez,—replicó el capitán,—pero esas flores me recuerdan las comarcas en que he pasado mi juventud.

—Es que, por casualidad..... Pero, perdonad,—añadió reparando en el rostro impassible del marino;—iba á cometer una indiscrecion.

—Podeis hablar.

—¿Tambien en ese tiempo érais aficionado á cuidar flores?

Una ligera sonrisa plegó los labios del capitán, que respondió:

—Sí, á cañonazos.

El escribano retrocedió un paso.

—Teníais un oficio peligroso,—dijo.

—Para los ingleses especialmente.

—Sin duda, y para vos tambien; porque si los batíais, tambien ellos podian batiros.

El capitán fijó en su interlocutor una mirada de extrañeza; pero luego bajó los ojos con aire modesto, y dijo:

—En efecto, una vez....

—¿Perdísteis la partida?

—No del todo, gracias á la receta del capitán Cornic. Pero el viento sopla del Sudoeste y me hace daño: entremos en mi gabinete.

El capitán introdujo al escribano en una habitación al nivel del jardín, iluminada por una puerta vidriera y artesonada como la cámara de un buque.

—Sentaos,—dijo,—y para ayudaros á sobre llevar la emoción del combate, voy á servir os una botella del mejor crudo inglés.

—¿Vais, pues, á renovar el milagro de Canaan?

—¿Acaso creéis que Inglaterra no produce más que agua para hacer esa tisana que llaman porter? Esa nación condenada no tiene una cepa; pero sabe vendimiarse en todas partes.

El capitán abrió una alacena, abierta en el artesonado; sacó una botella de forma holandesa, ofreció á su visitante un vaso del mismo origen, y llenándolo de un vino de color de ámbar, dijo:

—Bebed sin cuidado ese vinillo: el regente de Inglaterra le hubiera pagado á guinea la botella.

El escribano levantó el vaso y dijo:

—A vuestra salud.

Pero viendo al capitán inmóvil con la mano en el pecho, añadió:

—Vamos, capitán; un valiente como vos debe acompañarme.

Una nube pasó por la frente del antiguo corsario.

—Yo no bebo vino,—respondió.

Y como si quisiera librarse del peso de un recuerdo, repuso vivamente:

—Os decía, ó más bien quería decir, que un día cruzaba mi goleta, el *Halcon*, por el archipiélago indio: era en el mes de Enero; hacia un calor sofocante, y yo estaba comiendo en la toldilla y acababa de vaciar una botella de ese mismo vino que estais bebiendo. ¿Qué os parece?

—Excelente,—respondió el escribano.

—Es vino de Constanza, que se sube á la cabeza. Acababa de brindar con mi segundo, un guapo mozo, dicho sea de paso, lo que era un mal para él, porque tenía que cuidar de su belleza; cuando al volver la punta de un islote caigo sobre una corbeta de la compañía. Miro á mi segundo, que se había puesto pálido, y doy la orden de aumentar el trapo.

—¿Qué haceis?—dijo con espanto.

Y asió mi bocina para detener la orden, exclamando:

—Estamos perdidos.

Le envié á su puesto de combate, en la proa; hice meter en cada pieza doble carga de pólvora, una bala de á veinticuatro y seis balines, total cuarenta y ocho libras de hierro para los señores ingleses; mandé cerrar las portas para ocultar las baterías, y dejé al enemigo seguir su inspiracion sin dar á entender qué habia notado su maniobra.

La corbeta inglesa enfiló sobre nosotros viento en popa y nos envió la primera andanada: el *Halcon* guardó silencio.

El enemigo continuó su marcha, y cogiéndonos de través, nos envió la segunda rociada de metralla: el *Halcon* desapareció entre el humo; oí un ruido como de granizo, seguido de algunos crugidos, y un momento de silencio siguió á la descarga.

El viento arrastró la humareda y miré en torno mio: no quedaba de pié sobre cubierta más que mi contramaestre Calvé, que silbaba tranquilamente: el resto de la tripulacion se habia echado de bruces.

Mi segundo se habia metido debajo del cabestrante, y corrí á él con una pistola en la mano para quitarle la pereza.

—¡Sálvase el que pueda!—gritó el infeliz.

Y como al ver que le cogia por un hombro hiciese ademán de tirar del sable..... sentí que el vino de Constanza se me subia á la cabeza.....

Lo que está escrito, está escrito: una hora despues tripulaba la corbeta de la compañía..... hice mi deber..... pero no me gusta hablar de ello. ¿Qué necesidad teniais de despertar este recuerdo?

Y el capitan Samuel, olvidando de repente la presencia de una visita, quedó profundamente distraido.

XIII.

Durante este tiempo el escribano examinaba el leon y su antro con una curiosidad mezclada de inquietud. El capitan llegaba á los cuarenta y tantos años, y era de mediana estatura, de miembros musculosos, de cabeza algo chata, como la de Cromwell, de rostro bronceado por el sol y de ojos azules de notable dulzura. Aquel dia llevaba un traje de criollo, sombrero de paja, chaqueta de tela blanca, pantalon del mismo género y corbata de seda anudada con desaliño.

El gabinete, elegante como un tocador, y perfumado con la fragancia del tomillo, revelaba á la primera ojeada la vida del marino retirado. El capitan, á fuer de hombre acostumbrado á aprovechar el espacio, habia reducido su mobiliario á

un escritorio, sobre el cual se veía una Biblia de Osterwald, unas cuantas sillas, una hamaca, y un retrato de Bonaparte, primer cónsul. Un par de pistolas de cañon de bronce pendía de la chimenea; una estaba cargada, la otra vacía; pero la huella del fognazo, marcada aún en el bronce, tenía no sé qué expresion siniestra que ejercía una misteriosa fascinacion sobre el pensamiento del escribano. Contemplóla primero de lejos, despues más de cerca; pero en el momento en que levantaba el brazo para descolgarla, el capitán le detuvo diciendo con autoridad:

—Dejad ese arma: está maldita.

El escribano comprendió que la pistola encerraba algun drama oculto, y temiendo prolongar la emoción del capitán, tomó su sombrero y dijo:

—Hasta más ver: espero que vayais á visitar mi jardín.

É inclinándose al oído del capitán, añadió:

—Tal vez os enseñe una flor..... pero no soy yo quien debe elogiarla.

Así fué como aquellos dos hombres, partiendo de dos polos opuestos, entraron en relaciones, en virtud del principio de las electricidades contrarias.

Samuel Membrard habia mandado durante el imperio la goleta *Halcon*; pero á la caída del emperador trasformó su buque en brik mercante y

emigró á Nueva Orleans, haciendo de tiempo en tiempo un viaje á Burdeos para que no se enfriara su cariño á la pátria. Siempre triste y sombrío, parecia llevar en su rostro el luto de Francia despues de la invasion.

Calvé le preguntó un día la razon de su destierro y de su tristeza: el capitán le llevó á su cámara, sacó de un armario una bandera tricolor, y extendiéndola á la luz, dijo:

—En tanto que esta bandera no pueda flotar en mi cangreja, Samuel Membrard no tendrá pátria.

Sin embargo, una mañana del mes de Setiembre, cuando volvia á Francia y buscaba con su mirada la baliza de Tierra-Negra, arrojó un grito de sorpresa, y llamando á Calvé, le dijo:

—Mira el campanario de Saint-Palais.

Calvé se puso la mano sobre los ojos á modo de visera y examinó la costa.

—¡Es ella!—exclamó;—¡ahora sí que nos vamos á reir!

Era ella, en efecto; es decir, la bandera tricolor, que flotaba en el campanario de Saint-Palais.

—¡Dios sea loado!—dijo el capitán.

Calvé entonó la *Marsellesa*.

El capitán Samuel creyó por un momento que la revolucion de Julio iba á abrir á su goleta el camino de la gloria; pero cuando vió á la nue-

va dinastía decidida á conservar la espada en la vaina, dijo tristemente:

—¡Cerremos el libro del destino!

Y entregó á Calvé el mando de la goleta. Calvé hizo melancólicamente el comercio de cabotaje, llevando sal de la Tremblade á Amsterdam y trayendo queso de Holanda, sin llegar á comprender que por el mar puedan cambiarse cosas mejores que balas de cañón.

Por su parte, el capitán Samuel se retiró á Royan, para morir, según decía, en el lugar de su nacimiento. Compró una pintoresca casita construida en lo más alto del acantilado, con una explanada bastante extensa para encerrar un jardín y un pequeño invernadero, y pasó de repente, por uno de esos contrastes tan frecuentes en los caracteres fuertes, de la existencia dramática del corsario al idilio apacible del jardinero.

Vivia en su retiro, sin tener relaciones más que con su fiel Calvé y una criada llamada Succette, y entregado por completo á la jardinería, podaba, escarbaba y plantaba, y por la noche, después de cenar, iba á fumar su pipa en el banco del jardín, mirando cómo se estrellaba el mar en las rocas de Valliere. El rumor de la marea le llevaba en las brisas marítimas una reminiscencia de su juventud; pasaba revista al agitado poema de su vida, y respiraba en cierto modo el

pasado en el perfume de la gardenia y de la magnolia.

Después de esta hora de éxtasis íntimo leía invariablemente un capítulo de la Biblia, pues, oriundo de una raza hugonote y educado además por una madre fanática, tenía creencias profundas, arraigadas por la soledad. Después de esto se tendía en su hamaca y cerraba los ojos, acariciado por el murmullo confuso de las olas.

Sin embargo, su vida misteriosa y su casa siempre cerrada habían extendido en torno suyo una misteriosa atmósfera de terror. La vecindad le llamaba el hombre blanco, aludiendo á su traje, y le miraba como un sér sospechoso. Cuando un pescador le distinguía á la claridad de la luna, de pié sobre el jardín, volvía la cabeza á otro lado temiendo algún sortilegio, y daba un vigoroso golpe de remo para escapar á la influencia de la visión.

El escribano había afrontado las murmuraciones para visitar al capitán. Habiendo sido hasta entonces el primer floricultor de la comarca, quiso conocer á su rival; pero sacó de aquella primera entrevista una impresión equívoca.

—Ese diablo de hombre,—dijo al entrar en su casa,—debe tener sobre la conciencia alguna aventura de mal aspecto.

Y para desechar este mal pensamiento, agarró su violón.

Todos los días al anochecer, desde el primero de Mayo al primero de Octubre, estando la atmósfera despejada, el escribano se ponía un ramillete de flores en el ojal, y sentándose en un banco de piedra ante su puerta, empezaba á tocar una sonata, en tanto que su perro, llamado Tamboril, gravemente sentado ante él, le escuchaba con una atención profunda, y le acompañaba de tiempo en tiempo con un aullido de simpatía. El escribano continuaba tocando hasta que sentía su instrumento enronquecido por la humedad; entonces entraba en la casa, se quitaba del ojal el ramillete y le ofrecía á su mujer, reanudando á su lado el curso de una fidelidad conyugal jamás empañada ni interrumpida.

XIV.

Mi vecino Broutet, que así se llamaba el escribano, era uno de esos hombres nacidos en hora feliz, que tienen el privilegio de permanecer niños toda la vida.

Décimo cuarto hijo de un senescal de Pons, pues á fines del siglo último la paternidad iba á rienda suelta, presintiendo sin duda el futuro

despilfarro de sangre humana, pertenecía por nacimiento á esa raza medio noble, medio plebeya, que se podía llamar mulata. Su padre, bajo el antiguo régimen, firmaba Broutet de Fontenilli; pero en la revolución el hijo suprimió heroicamente el apéndice nobiliario y firmó Broutet á secas, como buen ciudadano.

Después de haber intentado seguir un curso de derecho en Poitiers, se aprovechó del movimiento revolucionario para aprender á tocar el violon. En la inauguración de la república en Poitiers, llevó un barril de vino al altar de la patria, y brindó solemnemente con el ciudadano Thibeauveau por la extinción de la tiranía, siendo él quien primeramente empleó en un acto público esta fórmula: *Delante del Sér Supremo, antes llamado Dios.....* Sin duda el Sér Supremo le parecía más patriota.

Pero la leva en masa vino á arrancarle de su pupitre musical, y por un decreto de la municipalidad tuvo que marchar á la Vendée en clase de voluntario. Como era el único de la compañía que poseía un par de zapatos, obtuvo por unanimidad el empleo de capitán. Un día, conduciendo un destacamento á Parthenay, recibió, en una encrucijada, una descarga á boca de jarro, y como su oído era demasiado musical para gustar del silbido de las balas, arrojó su sable en un foso y fué

á ocultarse en Royan, que era entonces el rincón más desconocido de la república. Allí perfeccionó su talento musical, leyó á Juan Jacobo, estudió botánica por espíritu de imitacion y añadió á sus conocimientos un poco de geología. Alguna vez recogia en la playa una concha fósil, que llevaba triunfalmente á su coleccion, y la poblacion indígena, incapaz de comprender el valor de un objeto antidiluviano, como dice Buffon, le dió el nombre de Broutet-Guijarro.

Cuando hubo gastado su última moneda herborizando y coleccionando conchas, pensó seriamente en amar, y mediante contrato matrimonial, amó á Melania Violet, viuda de un plantador de Santo Domingo, que le trajo en dote sus derechos á un ingenio de azúcar quemado en *Port-Margot*, una casa en Royan con patio y jardín, y un viñedo en el Combote de Chantemerle; es decir, la cantidad de trigo, vino y leña absolutamente precisa para un matrimonio decidido á almorzar una sardina y cenar una ensalada. A esta ligera prebenda añadió Broutet, en la época del imperio, la plaza de escribano, verdadera canonjía, pues el juez de paz cifraba su amor propio en terminar todos los procesos de la peor manera posible.

Funcionario público y propietario, mi vecino profesó desde entonces, en este doble concepto,

una adhesion absoluta al gobierno establecido, traduciendo de un modo rarísimo esta fidelidad á cada poder.

Desde 1805, época de su matrimonio, hasta la primera restauracion, llevó una tabaquera de cuero hervido con el retrato de Napoleon; despues de la batalla de Waterlloo hasta la revolucion de Julio, adoptó una segunda tabaquera, ilustrada con la efigie de Luis XVIII en medio de una aureola de flores de lis, y en fin, á la caida de la rama mayor, compró su tercera tabaquera, adornada por un lado con la imágen de Luis Felipe y por el otro con una reproduccion microscópica de la Carta.

—Con mucha frecuencia cambiais de tabaquera,—le dijo un día un bromista.

—Es verdad,—respondió con altivez;—pero uso siempre el mismo tabaco.

Trasformado en conservador por espíritu de propiedad, decia frecuentemente: «Pienso como mi tierra.» Y como el espíritu de conservacion, en política, lleva naturalmente á la religion, el escribano entró en el gremio de la Iglesia, alcanzando la plaza de mayordomo de fábrica. Una vez en esta situacion, quiso poner sus talentos musicales al servicio del Señor, y solicitó el cargo de maestro de capilla, es decir, de primer chantre, solo que por decoro no cantaba más que dos veces

al año, en la fiesta de Pascuas y en la del Corpus.

Sin embargo de su conversion conservaba en el fondo de su alma una levadura mitológica, asociábanse en su espíritu de una manera extraña el cristianismo y el paganismo, y celebraba con igual fervor la fiesta de Cristo que la fiesta de Baco.

En aquella época la vendimia daba pretexto á escenas de loca alegría, reminiscencias del culto del dios de las cepas, y aquel dia las jóvenes deponian sus costumbres pudorosas para entregarse á diversiones de dudosa ortodoxia. El escribano no tomaba á jornal hombres ni mujeres; llamaba simplemente obreros y obreras de buena voluntad para vendimiar, ó mejor dicho, para arrasar sus viñas, y apenas llegaban á ellas, las vendimiadoras, reunidas en conciliábulo, designaban de antemano la víctima de la fiesta, el cordero que habia de inmolarse al dios del albillo y del moscatel, el cual era casi siempre el jóven más tímido de la compañía. Cuando las obreras, inclinadas sobre las cepas, parecian más ocupadas en llenar sus cestas, la más atrevida se aproximaba en silencio al paciente y le daba traidoramente el *mus* de la vendimia, frotándole la cara con un racimo. En seguida las compañeras corrian en su ayuda, rodeaban al jóven, y le agarraban por las piernas hasta que daban con él en tierra. El escribano tomaba su violon durante el combate, y al primer

acorde del instrumento las bacantes levantaban al paciente, lanzando gritos de victoria, le manteaban á su gusto, y luego le dejaban sobre su lecho de humillacion, huyendo como perdices espantadas á través de la viña.

El jóven tenia el derecho de lavar su injuria devolviendo el *mus* de la vendimia; pero, segun las reglas de caballería, no debia aplicar más que una sola uva á la mejilla de la jóven, lavando luego la mancha con un beso. Empeñaba, pues, con la primera que podia alcanzar una lucha encarnizada, y en el desórden del combate más de una trenza flotaba al viento y más de un pañuelo desgarrado pedia gracia, hasta que al fin los dos adversarios concluian por caer sobre la tierra, encendidos, jadeantes, sin fuerzas el uno para continuar su venganza y la otra para rehusarla. En aquel momento el escribano tocaba una marcha triunfal, y la jóven iba melancólicamente á buscar su cesta y á ocultar entre los verdes pámpanos las dulces huellas de su derrota. Por la noche, despues de una comida en el campo, los trabajadores volvian á la granja, bailando hasta las diez, y al dia siguiente aquellas jóvenes, ayer locas como bacantes, pasaban gravemente y con los ojos bajos al lado de los vencedores que las habian besado al compás del violon.

En fin, mi vecino tomaba tal interés y encon-

traba tal felicidad en esta poética existencia, que decía frecuentemente:

—No he tenido en mi vida un cuarto de hora de tristeza.

Frase imprudente en los labios de un hombre; desafío insensato al destino. El destino lo oyó y recogió el guante.

XV.

El escribano era el perfecto tipo del marido galante, orgulloso de poder decir á todas horas: «Mi esposa.» Andaba siempre con la cabeza alta, el cuerpo muy tieso y el pulgar metido en la sisa del chaleco, y una sonrisa interior parecía iluminar su rostro, como para poner su felicidad en conocimiento del mundo entero. Llevaba generalmente una levita de color marron y un pantalon completamente igual: era el traje que habia escogido el día de sus bodas, y por un sentimiento de gratitud, habia adoptado á perpetuidad aquel color.

Habia hecho del matrimonio una bucólica en accion y tenia á su mujer en la poética situacion de una pastora de Florian. No solamente la lleva-

ba todas las noches el ramillete de su ojal, sino que algunas veces deslizaba un madrigal entre las flores; y Mme. Melania, á pesar de las resistencias de su carácter, ligeramente prosaico, sufría con resignacion este culto bucólico, sin comprender lo que tenia de encantador y de ridículo. Muy poco instruida, apenas sabia leer y escribir; pero, en cambio, poseia esa ciencia positiva del hogar, que consiste en hacer la colada todos los meses, cocer el pan cada quince dias, fregar la madera todos los sábados y limpiar un sistema planetario de cacerolas grandes y chicas, dejándolas relucientes como soles en la espetera de la cocina.

El mismo dia de su matrimonio el escribano quiso dar á su mujer un brillante testimonio de su ternura y la compró una borrica para trasportarla á la granja del Combot. La borrica se llamó Galatea, y cuando murió, otra borrica ocupó su lugar, tomando su nombre, lo que constituyó una dinastía, si no por derecho de nacimiento, al ménos por derecho de adopcion.

Mme. Melania quiso, en cambio, dar un hijo á su marido; pero aunque hacia todos los años, con esta intencion una peregrinacion á San Eutropio y echaba un alfiler en la fuente del Santo, éste no accedia á la peticion. Sin embargo, al terminar el imperio la gracia obró de repente como si fuera un

milagro. Una fragata inglesa cruzaba por delante del fuerte de Royan, haciendo de cuando en cuando un disparo para ensayar su puntería, y al primer cañonazo Mme. Melania dió á luz una niña, sietemesina, de cuya vida se dudó mucho tiempo y que concluyó al fin por quedarse en el mundo. El padre quería llamarla Hersilia, la madre Francisca; pero hubo una transaccion y se llamó Margarita.

Margarita creció con esa lentitud estudiada con que la naturaleza repara una primera inadvertencia. La pobre niña, nacida de un terror, conservó mucho tiempo las consecuencias de esta impresion. A los seis años empezaba á hablar, y á los catorce pasaba el dia mirando estúpidamente la pared. En aquella época aún no conocia el alfabeto y casi se desesperaba de su inteligencia; pero el escribano habia sabido leer, con su alma de padre, en el fondo de aquel alma, y decia con la intrépida confianza del cariño: "Su hora llegará."

Su hora llegó en efecto. Su cuerpo, débil y delgado como un junco, adquirió de repente la gracia y la amplitud de la belleza, y en esta evolucion decisiva de la vida, la pobre niña encontró su alma, hasta entonces en estado de espera. Su pensamiento, impresionado en un principio por la primera comunión, se inclinó naturalmente al misticismo; la jóven experimentó más que nunca la afición á la soledad, y en su largo secuestro vo-

luntario, devoró la biblioteca novelesca de su padre. La casualidad, bajo la figura del vicario de la parroquia, la proporcionó el primer volumen de las poesías de Lamartine, y aquel dia quedó cumplido el misterio: una mano habia acercado la llama y la lámpara iba á arder.

Margarita era una de esas criaturas privilegiadas, ó más bien desgraciadas, que buscan en vano un marido digno de ellas y le persiguen de sueño en sueño hasta que caen sin aliento en un lecho de dolor. Sobre todo á orilla del mar, esa inagotable fuente de inspiraciones, es donde el alma contrae la enfermedad de los sueños. Hay en esa inmensidad melancólica, en esa sucesion monótona del flujo y del reflujo, en esa agitacion que recae eternamente sobre sí misma, una inexplicable fuerza de contagio. Esa gran masa de agua, siempre mecida, mece á su vez el pensamiento y le arrastra con ella al espacio. La voz del abismo llega por la noche al oído á través de una atmósfera crepuscular y misteriosa, y con frecuencia, bajo un cielo velado, la mirada ve flotar á lo lejos como un espectro blanco. ¿Es una espuma arrastrada por el viento, ó la sombra de un naufragio? Margarita debia sufrir más que nadie, por una simpatía natural, la influencia de la vecindad del mar. El ritmo de la ola estaba impreso en su modo de andar, pues sus piés arrastraban

levemente con una indolencia cadenciosa que, sin la severidad de su frente de Minerva, hubiera parecido una afectacion de coquetería.

No hay poesía más terrible, ni que pueda romper más pronto ese pobre vaso de arcilla que se llama hombre ó mujer, que la poesía íntima de los sueños. En el poeta de profesion, en el artista, reviste una forma, sale al exterior, y así evapora su tremenda fuerza de expansion; pero en el sér sencillo é ignorante hierve sordamente y quebranta y tortura la carne como una sibila.

Muy pronto la soledad, agravada por una organizacion nerviosa, arrojó á Margarita en esa exaltacion suprema de los sueños, precursora del éxtasis. Una noche el escribano oyó un grito seguido de sollozos; subió al cuarto de su hija y la encontró tendida en el suelo, con los cabellos destrenzados, abiertos los ojos y temblorosos los labios. Sacudióla suavemente para arrancarla de sueño; pero Margarita, sintiendo la mano de su padre, se estremeció poderosamente, se enderezó como obedeciendo á una sacudida eléctrica, y de pié, inmóvil, se pasó la mano por la frente, echó en torno suyo una mirada vaga, miró fijamente á su padre sin reconocerle, y lanzando un profundo suspiro, corrió á refugiarse bajo la cubierta de su lecho y cayó en un sueño letárgico que duró hasta la mañana siguiente.

Aquella vez el escribano creyó á su hija próxima á la demencia y fué á consultar al doctor Babinot.

—Eso no es nada,—dijo el doctor sonriendo;—un marido la curará.

—¡Un marido!—repitió tristemente el escribano.—¿Y dónde encontrarle?

Margarita no tenia tampoco la ambicion necesaria para su curacion. Cuando su padre, para comunicarla el fuego sagrado, la conducia á alguna fiesta y la obligaba á tomar parte en el baile, la jóven consentia en bailar, ó más bien en andar á compás durante un cuarto de hora; pero despues de este público testimonio de resignacion á la voluntad paterna, se dejaba caer sobre una silla y tomaba la glacial expresion de una estatua.

Ménos disposicion mostraba todavia para las faenas domésticas. Un dia su madre quiso iniciarla en no sé qué terrible secreto del arte culinario: puso sobre una mesa una escudilla, una aguja enhebrada, unas tijeras, y en fin, el unto sagrado que se extrae del cerdo. Luego fué á buscar un pollo al corral, lo colocó entre las rodillas, desplumó el vientre del ave, y hecha esta operacion, cogió con mano firme las tijeras y de un sólo golpe cortó la cresta de la víctima..... Margarita no vió más que una nube, un vértigo terrible

pasó por su cabeza, parecióle que el techo se hundía sobre ella, y cayó desvanecida sobre las losas de la cocina.

—¿Quién podrá casarse con esta chica,—dijo Mme. Melania con desdeñosa expresión,—si jamás sabrá servir un capon á su marido?.....

Por la noche, después de cenar, Margarita, sentada en un rincón de la cocina, miraba una forma fantástica que veía moverse entre las llamas del hogar y trataba de adivinar aquel misterioso enigma; porque, como todos los seres de naturaleza nerviosa, tenía una inclinación secreta á la superstición, creía en el presagio del viernes, en la sal derramada, en el mal de ojo, y en fin, empleó toda una primavera en buscar el trébol de cuatro hojas, que debe hacer feliz para siempre al ser afortunado que lo encuentre.

¡Y Margarita no lo encontró!

XVI.

El capitán Samuel había prometido devolver la visita al escribano, y para pagar á tiempo esta deuda de cortesía, fué á llamar, antes del fin de la semana, á una especie de ventanillo practicado en una puerta cochera.

El escribano daba en aquel momento una vuelta por el jardín, y al oír que llamaban acudió en traje de trabajo.

—A tiempo llegais, capitán,—dijo;—mi jardín acaba precisamente de terminar su tocado; podría creerse que había adivinado vuestra llegada.

Y enlazando familiarmente el brazo de su visitante, le condujo á lo que llamaba su paraíso terrenal.

Este paraíso había empezado por el modesto estado de huerta; pero al día siguiente de su matrimonio el escribano había arrancado las legumbres, y sobre la huella fresca todavía de las cebollas y los nabos, había dibujado con su propia mano los sábios arabescos de sus platabandas. En el centro del jardín había trazado dos corazones unidos, encerrando este geroglífico sentimental en un cuadrilátero bordado de labandas y de romeros; luego había sembrado á derecha é izquierda, para romper la monotonía reglamentaria, semillas de las flores más diversas, y al fin, había coronado la obra con un capricho que comprometió notablemente su reputación de propietario cuidadoso.

Un muro, arruinado en muchas partes por el peso del tiempo, rodeaba primitivamente el jardín; pero durante su viudez, Mme. Melania había cerrado las brechas con pedruscos y haces de